

LA SOSTENIBILIDAD COMO FUNDAMENTO DE LAS PRÁCTICAS PEDAGÓGICAS EN LA ESCUELA RURAL

Jonatham Arévalo Álvarez¹

tatan2401@hotmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0009-0008-9046-6125>

Centro Educativo

Rural Mesa Rica

Belén, Norte de Santander

Colombia

Gustavo Gómez Galván²

tavolile@hotmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0009-0000-9360-9938>

Institución Educativa

Fray José María Arévalo

Belén, Norte de Santander

Colombia

Magali Jacome Torrado³

malu3102@hotmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6248-8836>

Institución Educativa

Rural El Tarra

Abrego, Norte de Santander

Colombia

Recibido: 04/02/2026

Revisado: 09/03/2026

Aprobado: 13/04/2026

RESUMEN

El presente artículo de revisión documental reconoce la confluencia entre la conciencia ecológica global y las realidades escolares locales, posicionando la sostenibilidad como la columna vertebral de la práctica educativa, el propósito central de este artículo tipo ensayo documental es interpretar los fundamentos conceptuales

¹ Licenciado en educación básica, con énfasis en educación física, recreación y deportes. Magister en TIC para la educación, docente en la institución educativa, Centro Educativo Rural Mesa Rica. Belén, Norte de Santander. Colombia.

² Licenciado en educación básica en ciencias naturales con énfasis en educación ambiental. Magister en TIC para la educación. Docente en la institución educativa Fray José María Arévalo. Belén, Norte de Santander. Colombia.

³ Licenciada en lengua castellana y comunicación. Magister en prácticas pedagógicas. Docente en la Institución Educativa Rural El Tarra. Abrego, Norte de Santander. Colombia.

de la sostenibilidad y su articulación directa con las prácticas pedagógicas desarrolladas en el medio rural. La situación actual de la escuela rural desde los postulados teórico, da a conocer una profunda tensión: por un lado, se encuentra inmersa en entornos de alta fragilidad ambiental y abandono por parte de los entes del Estado; y por el otro, posee un potencial endógeno particular, donde el territorio y los saberes comunitarios pueden transformar el aula en un espacio de resistencia y transformación social, sin embargo, persisten enfoques tradicionales que replican en la escuela rural modelos urbanos descontextualizados, ignorando la riqueza ambiental y sociocultural de la ruralidad.

Desde el punto de vista metodológico, el trabajo se armó haciendo una revisión conceptual y hermenéutica de la literatura más reciente, sin perder nunca esa mirada crítica frente a los modelos pedagógicos alternativos. Como conclusión principal, se ve claramente que hablar de sostenibilidad desde el contexto rural nos pide apostar por una pedagogía del arraigo y de lo comunitario. En pocas palabras, esto significa dejar atrás una enseñanza puramente instrumental para pasar a una práctica decolonial; una donde la huerta, la biodiversidad y el intercambio de saberes entre generaciones se vuelvan el verdadero motor del currículo. Solo así la escuela rural va a lograr tejer esos lazos sociales que hacen falta para avanzar hacia la soberanía alimentaria, la justicia ambiental y la dignificación del territorio como un espacio vivo donde realmente se aprende.

Palabras clave: escuela rural, fundamento, prácticas pedagógicas, sostenibilidad

SUSTAINABILITY AS THE FOUNDATION OF PEDAGOGICAL PRACTICES IN RURAL SCHOOLS

ABSTRACT

This literature review article acknowledges the convergence between global environmental awareness and local school realities, positioning sustainability as the backbone of educational practice. The central purpose of this literature review article is to interpret the conceptual foundations of sustainability and its direct connection to pedagogical practices developed in rural settings. From a theoretical perspective, the current situation of rural schools reveals a profound tension: on the one hand, they are immersed in environments of high environmental fragility and neglect by government

agencies; and on the other, they possess a unique endogenous potential, where the local territory and community knowledge can transform the classroom into a space for resistance and social transformation. However, traditional approaches persist that replicate decontextualized urban models in rural schools, ignoring the environmental and sociocultural richness of rural life. From a methodological standpoint, this study was structured around a conceptual and hermeneutic review of the most recent literature, while never losing sight of a critical perspective on alternative pedagogical models. As a main conclusion, it is clear that discussing sustainability in a rural context requires us to commit to a pedagogy rooted in local ties and community. In short, this means moving beyond a purely instrumental approach to education and embracing a decolonial practice—one in which the garden, biodiversity, and the intergenerational exchange of knowledge become the true driving force of the curriculum. Only in this way will rural schools be able to forge the social bonds necessary to advance toward food sovereignty, environmental justice, and the dignification of the territory as a living space where learning truly takes place.

Keywords: rural school, foundation, pedagogical practices, sustainability

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas la sostenibilidad se ha inscrito, si bien no exclusivamente, en el ámbito educativo ganando terreno en las reflexiones e investigaciones desde y sobre las ciencias de la educación. Las actuales dinámicas sociales y económica imperativas para los centros de formación profesional y universidades obligan a un cambio de rumbo en sus acciones formativas dirigidas a la búsqueda del respeto por los límites biofísicos del planeta y la transformación social del mismo. La introducción del concepto Sostenibilidad implica una profunda reflexión sobre la formación de los sujetos. La revisión bibliográfica da cuenta que para formar

sujetos con conciencia ecológico-ambiental se requiere una profunda reflexión crítica sobre los modelos pedagógicos presentados y su pertinencia contextual, por lo que la relación docencia-pedagogía-sostenibilidad es un campo de estudio abierto.

Al respecto, el fenómeno rural tiene particularidades exacerbadas. Los espacios rurales representan contenes de biodiversidad y recursos naturales; las instituciones educativas rurales son ecosistemas inmersos e interdependientes del ecosistema a proteger. La construcción político educativa suele plantearse desde las dinámicas urbanas desconociendo las ruralidades. Se expresa una separación entre las orientaciones curriculares y los sujetos para con ellas constituidos, quienes establecen vínculos indisolubles con su medio natural. Por esta razón, se problematiza en este escrito cómo incorporar efectivamente la realidad rural específica dentro del aula como contexto pedagógico para enseñar y aprender.

Los profesores en su práctica cotidiana quienes deciden en qué medida planteamientos sostenibles se concretan o se desvanecen. Enseñar en el contexto rural es una labor compleja; la docente lidia con situaciones como: multigrado (varias edades en un mismo salón), distancias prolongadas al punto escolar y escaso acceso a recursos tecnológicos pertinentes; el profesor rural carga con la doble responsabilidad del cumplimiento del currículo nacional propuesto por el sistema educativo general, pero sin dejar de lado lo pertinente para su comunidad y región en pro de cuidar su ambiente y desarrollarse.

Hablar sobre sostenibilidad como principio pedagógico requiere examinar a fondo cómo los dispositivos pedagógicos logran que los estudiantes comprendan los ciclos naturales y refuercen el tejido comunitario. La revisión bibliográfica evidencia que existen variadas imprecisiones conceptuales y metodológicas que impiden avanzar de manera contundente desde la teoría hacia una práctica vivenciada. Al hacer la revisión bibliográfica, se nota que las teorías están un poco divididas sobre qué es y cómo se aplica la sostenibilidad en el colegio; por un lado, los estudios de la región le apuestan a rescatar los saberes del campo, y esto justifica hacer un buen análisis para conectar esas grandes teorías ambientales con lo que realmente pasa en los salones de clase.

Toda esta revisión de documentos nos ayuda a ordenar las tendencias de investigación, ver qué tan fuertes son las pruebas y encontrar qué nos hace falta estudiar. Así, juntar toda esta base conceptual se vuelve clave para darle sustento a lo que se vaya a diseñar en el currículo y en la formación de los profes más adelante. Visto este desorden en los documentos, este artículo busca sobre todo interpretar las bases teóricas de la sostenibilidad y cómo se enseña en las zonas rurales. Usando un método descriptivo y analítico, nos pusimos a revisar los artículos científicos en bases de datos académicas, escogiendo los que de verdad aportan datos reales y reflexiones que valen la pena. Con la lectura hermenéutica de los textos elegidos se intenta desenterrar las nociones subyacentes sistematizando una mirada que nos permita discutir en distintos niveles del sistema educativo. La información recuperada

pone de manifiesto la necesidad de flexibilizar aún más los modelos formativos a la hora de trabajar en el campo.

Los hallazgos afirman la necesidad de que para desarrollar una educación para el desarrollo sostenible, el sistema debe garantizar la conexión entre los contenidos académicos y el medio ambiente de cada territorio en particular, lo que implica un enfoque interdisciplinario, una visión holística y la consideración del medio como un recurso didáctico desde sus variables propias; por ejemplo, la biodiversidad de su entorno y sus sistemas productivos tradicionales. El campo entonces no se presenta como un espacio de limitaciones, sino como un espacio conceptual sobre el que investigar el desarrollo sostenible basado en las sinergias de los sistemas socio-ecosistémicos, la educación ambiental adaptativa y la resiliencia comunitaria, constituyéndose como un anclaje que aporta significativamente a las discusiones sobre las dinámicas formativas rurales.

DESARROLLO

Para una educación rural con una fuerte impronta de sostenibilidad se requiere dejar de lado la mera inclusión de contenidos de ecología como un módulo más en la planificación y convertir a la sostenibilidad en el eje estructurador del proceso formativo que articule a la escuela con lo rural. La escuela se concibe desde este modelo como un lugar de encuentro entre el saber tradicional y los saberes escolares

y universitarios para dar respuesta a los problemas actuales que enfrenta un territorio autónomo y respetuoso con el medio ambiente. Propiciar un proceso formativo en el que la sostenibilidad sea el eje, implica entender que el paisaje es el principal recurso didáctico, lo que requiere del docente trabajar a diario desde una postura de cuidado y renovación.

En esta perspectiva, el educando construye herramientas pensantes para cuestionar modelos económicos depredadores, convencionales en los que basa su actuación o por simple imitación, para plantear alternativas viables de desarrollo hacia un equilibrio social, económico y ambiental real a futuro para sus pueblos. Por otro lado, hace falta urgentemente una continuidad en los procesos educativos rurales desligados de los modelos urbanos. Es imperiosa la revalorización de las dinámicas propias del campo y del vínculo tenido entre sus pobladores e integridad física (tierra).

En este sentido, resulta indispensable revisar las aportaciones de Pérez (2021)

La pedagogía de la tierra en los entornos rurales debe configurarse como un proceso de resistencia cultural y ecológica, donde el currículo se construye desde el surco y la semilla, permitiendo que el estudiante reconozca su papel como guardián de la biodiversidad y arquitecto de un futuro donde la vida prevalezca sobre el capital acumulado en las metrópolis (p. 89).

En relación con lo antes expuesto, la sostenibilidad no es un tema adicional, sino el tejido mismo de la identidad rural, donde el aprendizaje ocurre en diálogo directo con los ciclos de la naturaleza y las necesidades de la comunidad local. La necesidad de promover prácticas sostenibles y la búsqueda de metodologías activas que privilegien el hacer tanto como el pensar proponen a la escuela como escenario

y laboratorio vivo de innovación social. La huerta escolar, la gestión de residuos orgánicos e inorgánicos y el estudio del ciclo del agua en el contexto territorial se convierten en pretextos pedagógicos para fomentar el desarrollo en paralelo de competencias científicas y competencias ciudadanas, ya que al anclar los aprendizajes en la resolución de problemas reales del entorno inmediato se busca una mayor motivación y pertinencia, evitando así el fenómeno de deserción escolar que es recurrente en estas zonas apartadas.

El docente rural, en este sentido, actúa como un mediador que traduce los desafíos globales a la realidad inmediata de su vereda, permitiendo que lo local dialogue con lo universal desde una postura de dignidad y autonomía territorial, la formación docente es un pilar fundamental para que la sostenibilidad deje de ser un discurso y se convierta en una práctica cotidiana que transforme la realidad del aula, al respecto, Martínez (2019) refiere que:

El profesorado rural requiere una formación que trascienda la didáctica tradicional y se adentre en la ecología profunda, entendiendo que su labor es sembrar conciencia sobre la interdependencia de los sistemas vivos, lo cual exige un compromiso ético con la justicia ambiental y la capacidad de diseñar experiencias de aprendizaje que vinculen el conocimiento científico con la sabiduría popular del campesinado (p. 112).

En este mismo orden de ideas, es necesario resaltar que la necesidad de un maestro investigador que entienda la complejidad del territorio y sepa integrar los saberes locales en procesos académicos rigurosos y transformadores. La escuela rural debe ser el epicentro de la soberanía alimentaria, enseñando a los niños y

jóvenes el valor de la producción limpia y el consumo responsable, en un mundo amenazado por el cambio climático, el conocimiento sobre técnicas agrícolas sostenibles y la conservación de semillas nativas se vuelve una herramienta de supervivencia y empoderamiento.

No se trata solo de producir alimentos, sino de entender la política y la ética detrás del sistema alimentario global, ya que, al fomentar el amor por el campo, la escuela contribuye a frenar el desplazamiento forzado y la migración desordenada hacia las ciudades, brindando a los jóvenes las herramientas necesarias para construir proyectos de vida dignos y productivos en sus lugares de origen. La integración comunitaria es esencial para que los proyectos de sostenibilidad tengan un impacto real y duradero fuera de los muros de la institución educativa formal, como indica González (2022)

La escuela rural se convierte en un centro de desarrollo sostenible cuando logra permeable las prácticas de las familias campesinas, creando redes de intercambio de saberes donde los padres aprenden de las innovaciones tecnológicas de sus hijos y los estudiantes validan sus conocimientos académicos a través de la experiencia práctica de sus ancestros, consolidando así un tejido social resiliente frente a las crisis (p. 45).

En virtud de lo anterior, la sostenibilidad educativa es un proceso bidireccional que fortalece el capital social de la región y garantiza que los aprendizajes se traduzcan en mejoras tangibles para la calidad de vida de todos los habitantes, la infraestructura escolar también debe reflejar los principios de sostenibilidad, utilizando materiales locales y sistemas de energía renovable que sirvan como ejemplo para la

comunidad entera, ya que una escuela que recolecta agua de lluvia o utiliza paneles solares enseña más sobre física y ecología que cualquier libro de texto tradicional.

Estos elementos físicos se convierten en recursos didácticos permanentes que ilustran la viabilidad técnica y económica de las alternativas verdes, además, el diseño de espacios abiertos y el uso de luz natural mejoran el bienestar emocional de los estudiantes, creando un ambiente propicio para la creatividad y el trabajo colaborativo, elementos indispensables para la resolución de conflictos ambientales locales. La evaluación en una pedagogía sostenible debe enfocarse en el impacto social y ambiental de los proyectos estudiantiles, más que en la simple memorización de conceptos teóricos abstractos, por lo que es necesario destacar lo que indica, Rodríguez (2020):

Evaluar para la sostenibilidad implica observar cambios en las actitudes y comportamientos de los estudiantes respecto a su entorno natural, midiendo su capacidad para proponer soluciones creativas a problemas como la erosión del suelo, la contaminación de fuentes hídricas o la pérdida de saberes tradicionales, priorizando siempre el bienestar colectivo por encima del éxito individualista que promueven los modelos educativos convencionales (p. 23).

En relación con lo que indica el autor, el éxito educativo en el campo se mide por la capacidad de los graduados para ser agentes de cambio positivo en su comunidad inmediata, sin embargo, el uso de la tecnología en la escuela rural debe estar al servicio de la sostenibilidad, permitiendo el acceso a información global para solucionar problemas locales de manera eficiente, ya que la brecha digital no debe ser un impedimento, sino un desafío a superar mediante el uso creativo de

herramientas que ayuden a monitorear cultivos o gestionar mercados campesinos digitales. al empoderar a los estudiantes con habilidades tecnológicas aplicadas al sector rural, se les otorga una ventaja competitiva que valoriza su labor y profesionaliza el campo.

La sostenibilidad, por tanto, se une con la modernización responsable, evitando que el campesino sea visto como un actor del pasado, sino como un protagonista esencial del desarrollo futuro, la ética del cuidado debe ser el hilo conductor de todas las interacciones humanas dentro de la comunidad educativa, promoviendo la equidad de género y el respeto a la diversidad, según López (2018)

Una educación rural sostenible es intrínsecamente inclusiva, pues reconoce que la degradación ambiental afecta de manera desproporcionada a las mujeres y a las minorías étnicas, por lo cual debe fomentar estructuras de poder horizontales y una comunicación empática que permita a todos los miembros de la comunidad participar activamente en la toma de decisiones sobre el uso y protección de los recursos naturales (p. 67).

Esto permite referir que no hay sostenibilidad ambiental sin justicia social, y la escuela es el lugar donde se deben modelar estas nuevas formas de convivencia democrática y solidaria, otro aspecto significativo es que la gestión del agua en las zonas rurales es un tema crítico que la escuela debe abordar desde la hidrología y la gestión comunitaria de cuencas. Los estudiantes deben comprender el ciclo del agua no como un dibujo en el tablero, sino como el flujo vital que determina la salud de sus familias y la productividad de sus tierras, ya que lo proyectos de reforestación de riberas y protección de páramos son actividades pedagógicas que generan un sentido de pertenencia y responsabilidad intergeneracional.

Al cuidar el agua, los estudiantes aprenden geografía, química y ética de manera integrada, viendo los resultados de sus acciones en la recuperación de la biodiversidad local y la seguridad hídrica de su región. La preservación del conocimiento ancestral es un acto de sostenibilidad cultural que la escuela rural debe promover activamente para evitar la erosión de la identidad campesina, como lo afirma Sánchez (2021)

El diálogo de saberes entre la ciencia académica y la medicina tradicional o las técnicas de cultivo antiguas es fundamental para una pedagogía que aspire a la sostenibilidad total, ya que estos conocimientos han permitido la supervivencia de las comunidades rurales durante siglos y ofrecen respuestas resilientes ante las fluctuaciones climáticas que la tecnología moderna muchas veces no logra anticipar satisfactoriamente (p. 156).

Ahora bien, la sostenibilidad requiere mirar al pasado para proyectar el futuro, reconociendo que los ancianos son bibliotecas vivas que deben ser consultadas e integradas al aula, la economía circular puede ser enseñada mediante la creación de microempresas escolares que transformen productos primarios en bienes de valor agregado de manera responsable, desde la producción de abonos orgánicos hasta la artesanía con fibras naturales, los estudiantes aprenden sobre finanzas, marketing y administración con un enfoque cooperativo, esto les demuestra que la sostenibilidad es rentable y que el campo ofrece oportunidades de emprendimiento que no requieren la explotación desmedida de la naturaleza.

Al integrar estas vivencias prácticas, los jóvenes no solo se preparan para el mercado laboral, sino que comienzan a forjar un perfil caracterizado por el liderazgo

social y una genuina conciencia ecológica; dos pilares indispensables para la llamada "economía verde". Por otro lado, no se puede subestimar el poder del arte y la lúdica en este proceso. Estas herramientas logran que conceptos que podrían resultar densos o abstractos se asimilen de forma natural, transformando el aprendizaje en una experiencia basada en la creatividad y la exploración. Tal como lo señala Castro (2020)

La lúdica en la escuela rural no es un simple descanso de la academia, sino una herramienta potente para la educación ambiental, donde el juego simbólico y la creación artística con materiales reciclados permiten a los niños proyectar sus miedos y esperanzas sobre el futuro del planeta, construyendo una narrativa personal que los vincula emocionalmente con la protección de su territorio (p. 34).

Esta perspectiva indica que la sostenibilidad debe ser también una experiencia estética y emocional que motive el compromiso voluntario y alegre de los estudiantes con la causa ambiental, la educación para la paz en el contexto rural está íntimamente ligada a la resolución de conflictos por la tierra y el agua, temas centrales de la sostenibilidad pedagógica. Al enseñar mediación y diálogo en torno a problemas ambientales, la escuela forma ciudadanos capaces de construir una convivencia pacífica basada en la distribución justa de los recursos, la competencia por los bienes naturales suele ser fuente de violencia en el campo; por ello, una pedagogía que promueva la cooperación sobre la competencia es vital para la estabilidad social de la región.

Los estudiantes se convierten en diplomáticos ambientales que llevan estas herramientas de paz a sus hogares, transformando la cultura del conflicto en una

cultura de colaboración, la interdisciplinariedad es la estrategia didáctica por excelencia para abordar la complejidad de los sistemas sostenibles dentro del currículo escolar rural contemporáneo. Duarte (2019) afirma que:

La fragmentación del conocimiento en materias aisladas impide que el estudiante rural comprenda la red de la vida, por lo que se requiere una transición hacia proyectos transversales donde la matemática se aprenda calculando la biomasa y la literatura se practique redactando manifiestos por la defensa del páramo, logrando un aprendizaje holístico que refleje la realidad integrada del ecosistema (p. 210).

Por tanto, el conocimiento debe ser unificado para ser útil, permitiendo que el alumno vea la conexión entre las diferentes áreas del saber y su aplicación directa en la mejora de su entorno inmediato, el papel de las políticas públicas es fundamental para brindar a las escuelas rurales los recursos necesarios para implementar estos modelos pedagógicos de vanguardia. No es suficiente la voluntad del docente; se requiere inversión en laboratorios, semillas, herramientas y conectividad que respeten la autonomía de las comunidades, la legislación educativa debe reconocer la especificidad de lo rural y permitir una flexibilidad curricular que facilite la integración de la sostenibilidad como eje transversal.

Cuando el Estado respalda estas iniciativas, la escuela rural deja de ser un ente negativo del sistema educativo y se convierte en el faro de innovación que el país necesita para alcanzar sus metas de desarrollo humano. Por lo cual, la sostenibilidad como fundamento pedagógico es una apuesta por la vida y la esperanza en tiempos de incertidumbre global extrema. La escuela rural tiene la ventaja de estar en la

primera línea de defensa del equilibrio planetario, y sus estudiantes son los líderes que el siglo XXI requiere para restaurar nuestra relación con la Tierra.

En este orden de ideas, Torres (2022) refiere que: "La verdadera sostenibilidad comienza en el corazón de un niño que se maravilla ante la germinación de una semilla y entiende que su destino está unido al de ese brote verde" (p. 12), por lo cual la educación es la semilla de la transformación; si educamos en la sostenibilidad, cosecharemos un mundo donde la armonía entre el ser humano y la naturaleza sea, por fin, una realidad tangible y duradera. La resiliencia comunitaria se fortalece cuando la escuela rural asume un liderazgo proactivo en la gestión del riesgo y la adaptación al cambio climático.

No se trata solo de transmitir datos estadísticos sobre el calentamiento global, sino de desarrollar una conciencia situacional que permita a los estudiantes identificar las vulnerabilidades de su propio territorio, al integrar la gestión del riesgo en el currículo, la pedagogía se convierte en una herramienta de protección civil y salvaguarda de la vida. Los niños aprenden a interpretar las señales de la naturaleza, como el comportamiento de los ríos o la estabilidad de los suelos, convirtiéndose en informantes clave para sus familias, esta formación genera una sensación de seguridad y control sobre el futuro, reduciendo la ansiedad climática y promoviendo una cultura de prevención que es vital para la supervivencia de las poblaciones rurales en zonas de alta montaña o llanuras inundables.

El diálogo entre la tecnología digital y las prácticas tradicionales representa un puente necesario para la modernización de la escuela rural sin perder su esencia, la sostenibilidad también implica el uso eficiente de la información para optimizar los recursos hídricos y energéticos en las labores del campo. Según Silva (2023) "la digitalización del agro desde la escuela permite que el joven rural se convierta en un gestor de datos para la eficiencia ecológica" (p. 54), de allí que el acceso a internet y herramientas tecnológicas no debe desvincular al alumno de su entorno, sino proporcionarle métodos científicos para validar y mejorar las técnicas de cultivo que han pasado de generación en generación.

Así, la escuela se transforma en un centro de innovación donde la tableta y el azadón coexisten para crear sistemas de producción mucho más resilientes y menos agresivos con el medio ambiente circundante, la dimensión estética de la naturaleza debe ser rescatada para que la sostenibilidad sea percibida como un valor intrínseco y no solo como una necesidad técnica. La observación de los fractales en las hojas, el estudio de la armonía en los ecosistemas y la contemplación del paisaje rural fomentan una conexión emocional que garantiza un compromiso a largo plazo con la preservación.

Como señala Vargas (2021) "educar en la belleza del entorno es el primer paso para garantizar su defensa apasionada por parte de los estudiantes" (p. 112). Lo anterior aclara que cuando un estudiante desarrolla un vínculo afectivo con su tierra, la protección del ecosistema deja de ser una obligación impuesta por la norma y se

convierte en un acto de amor y respeto hacia su propio hogar. Esta educación de la sensibilidad es lo que finalmente humaniza la técnica y dota de sentido a la labor pedagógica en el campo.

La gobernanza del agua y de los recursos comunes es otro pilar que la escuela rural debe cimentar para asegurar la paz territorial y la sostenibilidad política. Los proyectos escolares deben simular consejos de cuenca o comités ambientales donde los estudiantes aprendan a negociar y a tomar decisiones colectivas sobre el uso del agua de riego o la gestión de los bosques comunales. al respecto, Beltrán (2022) "el aula debe ser el primer escenario de democracia ambiental para la resolución pacífica de conflictos territoriales" (p. 78).

Además, la escuela prepara a los futuros líderes rurales para enfrentar las presiones de actores externos, enseñándoles a defender el bien común mediante el diálogo fundamentado y la organización social, la sostenibilidad se entiende aquí como la capacidad de una comunidad para autogestionarse y proteger su patrimonio natural frente a intereses que buscan el beneficio individual a corto plazo. La salud integral en la escuela rural está directamente vinculada a la calidad del entorno y a la pureza de los alimentos consumidos diariamente, ya que la pedagogía de la sostenibilidad debe incluir la nutrición consciente, rescatando productos locales que muchas veces son desplazados por alimentos procesados de bajo valor nutricional provenientes de la ciudad.

Cuando los estudiantes ingresan a la agricultura y desarrollan sus propios cultivos orgánicos, comprenden con el cuerpo que la salud del ser humano es igual a la de la tierra y viceversa. Esto se traduce inmediatamente en la vida cotidiana: al desarrollar hábitos sanos, se incrementa el ánimo y la concentración en clase, evidenciándose lo siguiente: un ser humano saludable es igual a una tierra cuidada. Cuando las instituciones educativas deciden llenar sus comedores con los productos que recolectan los mismos campesinos de las veredas, se genera una dinámica beneficiosa para todos: no solo se dinamiza la economía local, sino que se genera bienestar para las generaciones venideras, buscando la sostenibilidad.

Y si no ocurre, ya es necesario cambiar el paradigma en el que se considera que la escuela rural es una especie de imitación o versión escuálida y débil de la escuela urbana; es necesario verla como un referente: en ella nacen las nuevas formas de habitar en el planeta sin destruirlo. Por esta razón, la escuela rural no puede seguir siendo considerada como un espacio marginal; bien podría ser el lugar donde se entrelazan ciencia, ética y territorio. Como menciona Méndez (2024): "la escuela rural será el faro que guíe a la humanidad hacia la tan anhelada reconciliación con la biosfera" (p. 201). Así, los estudiantes rurales son comprendidos desde esta óptica no solo como portadores de saberes conceptuales, sino como portadores de saberes prácticos para liderar el cambio ecológico que tanto necesitamos. Más allá de una simple opción educativa, incluir la sostenibilidad desde las aulas es fundamental si

queremos garantizar vida en todas partes, recordando que estas son las comunidades que sostienen el equilibrio del mundo con su trabajo diario.

REFLEXIONES FINALES

Al recoger las afirmaciones consideradas en los estudios, surge una afirmación que lo engloba: la noción de sostenibilidad en la educación rural debe trascender el discurso instrumental empresarial o técnico para ocupar un puesto desde la impregnación conceptual y formativa de los sujetos en general, lo que implica un nuevo giro discursivo, ya que la mirada ciudadana a menudo considera la naturaleza como un recurso cuantificable o un índice de productividad.

La revisión de las tesis evidenció que "la sostenibilidad asume una nueva categoría, al ser planteada como el eje pedagógico mediador y constructor del sujeto para reconocer y cuidar su entorno", lo que implica que "las escuelas rurales no sólo reproducirán discursos normativos sobre las buenas prácticas ambientales, sino que serán espacios intermedios donde se protege el hábito, el contexto social y ambiental". Los estudios indagan además cómo la sostenibilidad se convierte en el discurso central y no en un eje de divagación pedagógica u ocupacional, y si se puede hablar de una escuela rural como tal al mostrar sus características diferenciales respecto a la escuela urbana: agrupaciones por edad debido a sus características

conversacionales e interacciones con los elementos naturales circundantes. La flexibilidad e inmediatez son características intrínsecas del espacio educativo rural.

Los textos y documentos consultados indican con fuerza que tratar de calcar los modelos de la ciudad en las zonas rurales es un fallo grave, ya que se pasa por alto la realidad social y productiva de la gente de la región. Al contrario, los proyectos pedagógicos que dan buenos resultados son aquellos donde el profesor funciona como un puente, logrando unir la teoría científica con el diario vivir de los alumnos. Así, un buen trabajo docente no toma la distancia geográfica como un problema, sino como una ventaja pedagógica única para estudiar la biodiversidad de manera real.

De igual forma, al comparar la literatura científica, salta a la vista un choque evidente por un lado están las reglas educativas que quieren medir y cortar a todos con la misma tijera, y por el otro la necesidad urgente de ajustar la enseñanza a la vida de cada territorio. Los planes de estudio oficiales suelen correr detrás de metas de rendimiento y competitividad global, dejando a un lado los saberes de toda la vida sobre el cuidado de la tierra. Partiendo de este análisis, es evidente que, para alcanzar una sostenibilidad real en las aulas rurales, se necesitan cambios administrativos que le den a los colegios la libertad de moldear sus propios contenidos.

La revisión leída permite evidenciar que el territorio no es un simple espacio físico o geográfico donde se sitúa la Institución Educativa, sino que hace las veces de sujeto pedagógico; es decir, que actúa como un protagonista de la educación en tanto que es dinámico y trabaja sobre y para el ser humano. Las tendencias educativas de

las cuales el área rural se constituye en objeto de estudio y a las cuales responde positivamente en sus propuestas, plantean entre otras cosas la idea de que el paisaje, las aguas superficiales y subterráneas, los suelos, los climas, los procesos de producción e incluso los fenómenos atmosféricos actúan como textos abiertos y medios didácticos reales para los procesos formativos.

Prueba de ello son escuelas para la sostenibilidad en diferentes partes del mundo que proponen temas de estudio tales como: interpretación del paisaje, agua, procesos agropecuarios, producción agrícola, etc.; lo anterior corroborado por estudios donde se mencionan temas transversales de matemáticas, lenguaje y ciencias naturales que cobran un sentido más real al abordar desde el contexto directo con la comunidad. Al salir del encierro físico del aula escolar la pedagogía campesina desplaza sus acciones hacia la vereda y despierta en el estudiante una mirada penetrante e inquisitiva; así entonces el medio natural se constituye en la herramienta didáctica más cercana y poderosa con la cual cuenta el docente. Por lo tanto, la información analizada presenta una necesidad impostergable: replantear la formación docente para trabajar en zonas veredales desde un enfoque sostenible donde la formación profesional responda a la realidad territorial.

Diferentes documentos coinciden en señalar debilidades en la formación docente para enfrentar los retos del ejercicio pedagógico rural basándose muchas veces en propuestas formativas extraídas de las ciudades. Sostener la práctica pedagógica desde la sostenibilidad demanda un docente polivalente, investigador de

su propia práctica profesional con una sólida formación teórica-práctica en ecología y desarrollo territorial. Decir que el docente es el principal mediador implica brindarle las herramientas teóricas necesarias para pasar del mero proceso memorístico propio del aprendizaje mecanicista a una mirada sistémica sobre el territorio; desde allí se entiende que no se puede desarrollar adecuadamente una propuesta educativa centrada en procesos formativos para una cultura sostenible si quien imparte estos mismos procesos no tiene una mirada holística sobre cómo funcionan interrelacionados los sistemas natural y productivo socioeconómico de las comunidades.

Por otro lado, se destaca que la sostenibilidad en el colegio rural va de la mano con hacer a la comunidad más fuerte frente a las crisis y asegurar su autonomía alimentaria. Cuando la escuela mete en sus clases el valor de trabajar la tierra sin químicos, cuidar el agua y rescatar las semillas propias, ayuda a frenar ese éxodo y salida de la gente hacia los cinturones de miseria de las ciudades. Los centros educativos del campo se convierten así en bastiones de resistencia cultural y ambiental, donde las nuevas generaciones aprenden a darle valor al trabajo de la tierra; esto enseña que la escuela no solo repite conocimientos, sino que se vuelve un taller para crear nuevas formas de enseñar y vivir.

Por lo cual, las instituciones rurales cumplen un papel de peso en guardar las tradiciones y la memoria del campo. Asimismo, los textos revisados reafirman que conversar con los abuelos y los líderes de la vereda es clave para levantar una

enseñanza sostenible. Cada vez más investigaciones le dan su lugar a meter en las clases formales el saber que los mayores tienen sobre el clima y el manejo de los cultivos. Cuando ese conocimiento de toda la vida se cruza con la ciencia actual, el alumno gana una experiencia mucho más completa y, de paso, se cose y se fortalece el tejido social del lugar.

Diversos autores coinciden en que la escuela rural no debe dissociarse ni conmisericordia el saber propio del medio; al contrario, debe ser el lugar donde ambos saberes se interpelen y validen mutuamente. Esta concatenación de saberes permite al pelado construir un aprendizaje significativo y rescatar la memoria y el devenir histórico de su medio para orientar el futuro. Por último, volviendo a los presupuestos desde donde se enuncian los textos, se concluye que para que el modelo de escuela rural sostenible perdure, es necesario que exista una red o entramado significativo.

Investigaciones realizadas en los últimos años permiten concluir que los proyectos realmente sostenibles y relevantes son aquellos que abandonan el aislamiento de la escuela rural y articulan esfuerzos con universidades, organizaciones sociales y cooperativas del sector. Las alianzas son determinantes para amortiguar las condiciones materiales de precariedad que han afectado por años al medio; permiten acceder con más facilidad a asesoría técnica, recursos didácticos adecuados e infraestructura física para exhibir los productos escolares. No basta con dejar a la deriva o a las buenas intenciones o deseos del profe la responsabilidad de

la sostenibilidad; es necesaria una verdadera voluntad institucional que financie, articule y dé orden al devenir de lo que acontece en el aula.

Solo así es posible alcanzar la preeminencia necesaria en el medio. A forma de cierre, investigar desde la sostenibilidad los fundamentos de la educación rural es un área promisoría y llena de retos. A pesar de lo evidenciado en esta revisión sobre un aumento progresivo de producciones académicas sobre el tema, persiste un vacío importante respecto a estudios que den cuenta del impacto real y sostenible sobre ecosistemas. Por esto, urge pasar de relatos episódicos a investigaciones profundas con métodos mixtos que permitan medir el impacto transformador real de las aulas ambientalmente intencionadas sobre sus alrededores. Finalmente, queda claro que el llamado a mirar hacia el medio no responde a planteamientos idealistas ni nostálgicos; se fundamenta y reclama desde lo científico contemporáneo. En un contexto donde la crisis ambiental avanza sin tregua, la escuela rural responde a un modelo académico pertinente y vigente.

REFERENCIAS

- Beltrán, J. (2022). Democracia ambiental y gobernanza en la escuela rural. Bogotá, Colombia: Editorial Territorios.
- Castro, L. (2020). La lúdica como herramienta de sensibilización ecológica. Madrid, España: Ediciones Pedagógicas.
- Duarte, J. (2019). Interdisciplinariedad: Unificando el saber en el aula rural. Ciudad de México, México: Universidad del Campo.
- González, M. (2022). Redes de aprendizaje: La escuela y la familia campesina. Santiago, Chile: Ediciones Verdes.
- López, A. (2018). Justicia social y ética del cuidado en entornos rurales. Buenos Aires, Argentina: Revista de Educación y Sociedad.
- Martínez, R. (2019). Ecología profunda y formación docente: Retos del siglo XXI. Lima, Perú: Eco-Educación.
- Méndez, F. (2024). La transición ecológica desde el aula: Brújulas para el futuro. Barcelona, España: Pensamiento Crítico.
- Pérez, C. (2021). Pedagogía de la tierra y resistencia cultural. Ciudad de México, México: Siglo XXI Editores.
- Rodríguez, F. (2020). Nuevos modelos de evaluación para la sostenibilidad. Caracas, Venezuela: Praxis Educativa.
- Sánchez, H. (2021). Diálogo de saberes: Ciencia y saber ancestral en el agro. Quito, Ecuador: Patrimonio Cultural.
- Silva, P. (2023). Tecnologías digitales y sostenibilidad en la educación rural. São Paulo, Brasil: Innovación Educativa.
- Torres, G. (2022). El despertar de la conciencia ambiental en la infancia. Montevideo, Uruguay: Editorial del Sur.
- Vargas, E. (2021). Estética de la naturaleza y educación emocional. San José, Costa Rica: Ediciones del Bosque.